

sollozando con una elocuencia de molino; os aturde con sus lágrimas y con sus ideas confusas: es una taravilla, es un torrente.

Las francesas, y sobre todo las parisienses, poseen á las mil maravillas el secreto de estas escenas, á las que la naturaleza de sus órganos, de su sexo, de su tocado y de su charla dan encantos increíbles. ¡Cuántas veces una sonrisa maliciosa ha reemplazado á las lágrimas en el caprichoso rostro de esas adorables comediantas, cuando ven que sus maridos se apresuran á cortar el cordón de seda, lazo débil de sus corsés, ó á asegurar más la peineta que reunía los mechones de sus cabellos, prontos siempre á mostrar millares de dorados rizos!

Pero que todas estas astucias modernas cedan ante el genio antiguo, ante los poderosos ataques de nervios, ante la pirrica conyugal.

¡Ah! ¡cuántas promesas hay para un amante en la vivacidad de esos movimientos convulsivos, en el fuego de esas miradas, en la fuerza de esos miembros graciosos hasta en sus excesos! Una mujer se lanza con un viento impetuoso, se precipita como las llamas de un incendio, se doblega como una ola que se escurre sobre blancos guijarros, sucumbe por demasiado amor, ve el porvenir, profetiza, ve sobre todo el presente, aturde al marido y le imprime una especie de terror.

Basta muchas veces al hombre haber visto una sola vez á su mujer removiéndolo á tres ó cuatro hombres vigorosos como si fuesen plumas, para no intentar ya nunca seducirla. Será como el niño que, después de haber disparado el gatillo de una espantosa máquina, siente un increíble respeto por el más insignificante resorte. Yo conocí un marido, hombre afable y pacífico, cuyos ojos estaban incesantemente fijos en los de su mujer, enteramente lo mismo que si estuviese metido en una jaula de un león y le hubiesen dicho que no irritándolo no tendría que temer nada de él.

Los ataques de nervios son muy penosos y se hacen cada día más raros; por eso ha prevalecido el romanticismo.

Se han encontrado algunos maridos flemáticos, de esos hombres que aman largo tiempo porque no abusan nunca de sus sentimientos, y cuyo genio ha triunfado de la jaqueca y de la neurosis; pero estos hombres sublimes son raros. Discípulos fieles del bienaventurado santo Tomás, que quiso

poner el dedo en la llaga de Jesucristo, están dotados de una incredulidad de ateo. Imperturbables ante las perfidias de la jaqueca y los lazos de la neurosis, reconcentran su atención en la comedia que le representan, examinan á la actriz y buscan uno de los resortes que la hacen saltar; y, cuando han descubierto el mecanismo de esta tramoya, se divierten en imprimir un ligero movimiento á algún contrapeso, asegurándose de este modo muy fácilmente de la realidad de estas enfermedades ó de la falsedad de estas mojíngangas conyugales.

Pero si, poniendo una atención, que es tal vez superior á las fuerzas humanas, el marido escapa á todos estos artificios que un indomable amor sugiere á las mujeres, será necesariamente vencido con el empleo de un arma terrible, la última que emplea una mujer, porque ella sentirá siempre repugnancia á destruir su imperio sobre su marido; pero esta es una arma envenenada, tan poderosa como el fatal cuchillo de los verdugos. Esta reflexión nos conduce á la última parte de esta Meditación.

III

DEL PUDOR CONSIDERADO CON RESPECTO AL MATRIMONIO

Antes de ocuparse del pudor, sería necesario saber si existe. ¿No es en la mujer una coquetería bien entendida? ¿No es el sentimiento de la libre disposición del cuerpo, como pudiera creerse al pensar que la mitad de las mujeres de la tierra van casi desnudas? ¿No es una quimera social, como defendía Diderot, objetando que este sentimiento cedía ante la enfermedad y ante la miseria?

Se pueden justificar estas preguntas.

Un autor ingenioso ha asegurado recientemente que los hombres tienen mucho más pudor que las mujeres. Se ha fundado en muchas observaciones quirúrgicas; pero para que sus conclusiones mereciesen nuestra consideración, sería necesario que, durante cierto tiempo, los hombres fuesen curados por cirujanas.

La opinión de Diderot es todavía de menos peso.

Negar la existencia del pudor porque desaparece en las

crisis en que perecen casi todos los sentimientos humanos, vale tanto como negar la existencia de la vida porque llega la muerte.

Otorguemos tanto pudor á un sexo como á otro, é indaguemos en qué consiste.

Rousseau le hace proceder de las coqueterías necesarias que todas las hembras despliegan para el macho. Esta opinión nos parece otro error.

Los escritores del siglo XVIII han rendido servicios inmensos á la sociedad; pero su filosofía, fundada en el sensualismo, no penetró más allá de la epidermis humana. No consideraron más que el mundo exterior, y desde este punto de vista solamente, han retardado por algún tiempo el desarrollo moral del hombre y los progresos de una ciencia que sacará siempre sus primeros elementos del Evangelio, mejor comprendido en adelante por los discípulos fervorosos del Hijo del hombre.

El estudio de los misterios del pensamiento, el descubrimiento de las potencias del Alma humana, la geometría de las fuerzas, los fenómenos de su poder, la apreciación de la facultad que nos parece que posee de moverse independientemente del cuerpo, de transportarse adonde quiere y de ver sin ayuda de los órganos corporales; en fin, las leyes de su dinámica y las de su influencia física, constituirán la parte gloriosa que en el siglo venidero enriquecerá los tesoros de las ciencias humanas. Y no estamos ocupados, tal vez en este momento, más que de extraer los enormes peñascos con que un genio poderoso sabrá más tarde construir algún glorioso edificio.

Así, el error de Rousseau ha sido el error de su siglo. Ha explicado el pudor por las relaciones de los seres entre sí, en vez de explicarlo por las relaciones morales del ser consigo mismo. El pudor no es más susceptible de análisis que la conciencia; y será tal vez haberlo comprendido intuitivamente, llamarlo la conciencia del cuerpo; pues la una dirige hacia el bien nuestros sentimientos y los menores actos de nuestro pensamiento; así como la otra preside á los movimientos exteriores. Las acciones que chocan contra nuestros intereses y desobedecen las leyes de nuestra conciencia, nos hieren con más fuerza que las demás, y repetidas, crean el odio. Lo mismo acontece con los actos opuestos al pudor, por lo que respecta al amor, que no es más

que la expresión de toda nuestra sensibilidad. Si el extremo pudor es una de las condiciones de la vitalidad del matrimonio, como hemos procurado probarlo (Catecismo Conyugal, Meditación IV), es evidente que la impudicia lo disolverá. Pero este principio, que pide largas deducciones al fisiologista, es aplicado á la mujer casi siempre maquinalmente; pues la sociedad, que lo ha exagerado todo en provecho del hombre exterior, desarrolla, desde la infancia, en las mujeres, ese sentimiento, alrededor del cual se agrupan casi todos los demás. Así es que desde el momento en que este inmenso velo, que se desarma á todo gesto de su torpeza natural, llega á caer, la mujer desaparece. Alma, corazón, espíritu, amor, gracia, todo se aniquila. En la situación en que brilla el candor virginal de una doncella de Otaiti, la europea se hace horrorosa. Allí está la última arma que la esposa emplea para libertarse del sentimiento que su marido tiene aún por ella. Es fuerte con su fealdad, y esta mujer, que consideraría como la mayor desgracia dejar ver á su amante el más ligero misterio de su tocado, se regocijará de mostrarse á su marido en la situación más desventajosa que pueda imaginarse.

Con los rigores de este sistema procurará arrojaros del lecho conyugal. La señorita Shandy no obraba con malicia cuando advertía al padre Tristram que diese cuerda al reloj de sobremesa, mientras que vuestra mujer experimentará placer en interrumpiros con las preguntas más positivas. En donde poco há se hallaban el movimiento y la vida, están el reposo y la muerte. Una escena de amor viene á ser una transacción largo tiempo debatida y casi testimoniada por escribano. Pero bien hemos probado en otra parte, que no nos negamos á aprovechar lo cómico de ciertas crisis conyugales, para que nos sea lícito desdeñar aquí los chistosos recursos que la musa de Verville y de los Martial halló en la perfidia de los manejos femeninos, en la audacia injuriosa de sus discursos, en el cinismo de algunas situaciones. Sería demasiado triste reír, y demasiado jocoso entristecerse. Cuando llega una mujer á semejantes extremos, hay un mundo entre ella y su marido. Sin embargo, existen ciertas mujeres á quienes el cielo ha dado el don de agrandar en todo, que deben, según se dice, poner cierta gracia espiritual y cómica en estos debates, y que tienen *un pico tan bien afilado*, según la expresión de

Sully, que consiguen el perdón de sus caprichos y de sus mofas, y nunca pierden el corazón de sus maridos. ¿Cuál es el alma bastante robusta, el hombre enamorado con bastante fuerza, para persistir en su pasión, después de diez años de matrimonio, en presencia de una mujer que ya no le ama, que se hace con intención áspera, mordaz, enferma, caprichosa, y que adjurará sus votos de elegancia y de limpieza, en gracia de no ver á su marido apostatar; delante de una mujer que especulará, en fin, con el horror causado por la indecencia?

Todo esto, querido señor mío, es tanto más temible cuanto que:

XCII

Los amantes no conocen el pudor.

Ahora hemos llegado al último círculo infernal de la Divina Comedia del Matrimonio: nos hallamos en el fondo del infierno.

Existe no sé qué cosa terrible en la situación á que llega la mujer casada, cuando su amor ilegítimo le hace olvidar sus deberes de madre y de esposa. Como ha dicho muy bien Diderot, la infidelidad es en ella como la incredulidad en un sacerdote, el último término de las prevaricaciones humanas. Es en ella mayor crimen social, porque contiene todos los demás. En efecto, ó profana su amor si continúa perteneciendo á su marido, ó rompe todos los lazos de familia abandonándose enteramente á su amante. Debe elegir: porque la única excusa posible está en el exceso de amor.

Vive, pues, entre dos crímenes; ó hará la desgracia de su amante, si es sincera en su pasión, ó la de su marido, si aun es amada por él.

A este espantoso dilema de la vida femenina se deben todos los caprichos de la conducta de las mujeres; ahí se halla el principio de sus mentiras y de sus perfidias, ahí está el secreto de todos sus misterios; hay por que estremecerse. Por esto, como cálculo de existencia solamente, la mujer que acepta la desgracia de la virtud y que desdeña las felicidades del crimen, tiene, sin duda, cien veces razón. Sin embargo, casi todas cambian los dolores del porvenir y siglos de angustias, por el éxtasis de una media hora. Si

el instinto de conservación de la criatura, el temor de la muerte no las detiene, ¡qué se puede esperar de las leyes que las envían por dos años á las *Madelonnettes!* (1) ¡Oh infamia sublime! Pero si se llega á pensar que el objeto de estos sacrificios es uno de nuestros hermanos, un hidalgo á quien no confiaríamos nuestra fortuna, si la tuviéramos, un hombre, en fin, que viste como todos nosotros, hay motivo para soltar una carcajada que, partiendo de Luxemburgo, atravesara todo París y fuese á asustar á un asno que estuviese paciendo en Montmartre.

Parecerá tal vez muy extraordinario que, tratando del matrimonio, hayan sido tratadas superficialmente por nosotros tantas materias; pero el matrimonio no es tan sólo toda la vida humana es dos vidas humanas. Y así como la adición de un guarismo á un billete de la lotería centuplica las contingencias, así una vida, unida á otra vida, multiplica en una progresión espantosa las suertes, ya tan variadas, de la vida humana.

MEDITACIÓN XXVII

DE LOS ÚLTIMOS SÍNTOMAS

El autor de este libro ha encontrado en el mundo tantas gentes poseídas de una especie de fanatismo por la perfección y la exactitud en todo, que ha juzgado demasiado necesaria esta meditación para la tranquilidad de un gran número de maridos, y no puede omitirla. Hubiese sido cosa cruel dejar á los hombres que tienen pasión por la exactitud, sin brújula para apreciar las últimas variaciones del zodiaco matrimonial y el momento preciso en que el signo del Minotauro aparece sobre el horizonte.

El conocimiento de la estación conyugal exigiría tal vez un libro entero, por el gran número de observaciones finas y delicadas que necesita. El magister confiesa que sus pocos años no le han permitido sino recoger muy pocos datos; pero siente justo orgullo al llegar al término de su difícil

(1) Cárcel de París destinada á las mujeres de mala vida.—(N. del T.)

empresa, advirtiendo que deja á sus sucesores abierto un nuevo campo para sus pesquisas; y un asunto, al parecer tan usado, no solamente no estaba todo dicho, sino que quedarán aún muchos puntos por aclarar. Da, pues, aquí sin orden y sin enlace, los elementos informes que ha podido reunir hasta el día, esperando tener el tiempo de coordinarlos más tarde, y de reducirlos á un sistema completo. Por si alguno se anticipase en esta empresa eminentemente nacional, indicará aquí, sin que por ello sea tachado de vanidad, la división natural de estos síntomas. Son necesariamente de dos especies: los unicornios y los bicornios. El Minotauro unicornio es el menos dañino; los dos culpables se contentan con el amor platónico, ó al menos no deja su pasión vestigios visibles á la posteridad; mientras que el Minotauro bicornio es la desgracia con todos sus frutos.

Hemos señalado con un asterisco los síntomas que nos han parecido convenientes á este último género.

OBSERVACIONES MINOTÁURICAS

I

* Cuando, después de haber estado largo tiempo separada de su marido, la mujer le hace arrumacos demasiado fuertes, á fin de inducirle al amor, obra en virtud de este axioma de derecho marítimo: *El pabellón protege la mercancía.*

II

Halla una mujer en un baile á una de sus amigas, se acerca á ella y le dice:

—Vuestro marido tiene mucho talento.

—¿Lo creéis así? (Esta indiferencia es síntoma.)

III

Vuestra mujer cree que ya es tiempo de poner interno en un colegio á vuestro hijo, de quien, en otro tiempo, no quería separarse nunca.

IV

* En el proceso del divorcio de milord Abergaveny, el ayuda de cámara declaró: Que la señora vizcondesa tenía

tal repugnancia por todo lo que pertenecía á milord, que él la había visto frecuentemente quemando unas baratijas de papel que milord había tocado en el cuarto de su mujer.

V

Si una mujer indolente se vuelve activa, si una mujer que tenía horror al estudio, aprende una lengua extranjera; en fin, todo cambio completo operado en su carácter, es un síntoma decisivo.

VI

La mujer que es muy dichosa por el corazón, no se presenta en sociedad.

VII

La mujer que tiene un amante se vuelve muy indigente.

VIII

* Un marido da cien francos mensuales á su mujer para el tocado; y, bien considerado todo ello, lo menos gasta al mes quinientos francos sin contraer un sueldo de deudas; el marido es robado, de noche, á mano armada, con escalamiento, pero... sin fractura.

IX

* Dos esposos dormían en una misma cama, y la señora estaba constantemente enferma; duermen separados, y ella no tiene ya jaqueca, y su salud se va poniendo más brillante que nunca: ¡síntoma horrible!

X

Una mujer muy dejada de sí misma, pasa súbitamente á un extremado esmero en su tocado. ¡Hay algo de Minotauro en esto!

XI

—¡Ah! querida mía, no conozco suplicio mayor que el de no ser comprendida.

—Sí, querida mía, ¡pero cuando se es...!

—¡Ah! eso no sucede casi nunca.

—Conozco que es muy raro. ¡Ah! es una gran felicidad;

pero no existen dos personas en el mundo que sepan comprenderos.

XII

* El día en que una mujer tiene miramientos con su marido... todo está dicho.

XIII

Le pregunto:

—¿De dónde venís, Juana?

—Vengo de casa de vuestro padre, de buscar *nuestra* vajilla que vos dejasteis.

—¡Ah! ¿es cierto? ¡Todo es aún mío!—dije.

Al año siguiente reitero la misma pregunta, en la misma ocasión.

—Vengo de buscar *nuestra* vajilla.

—¡Ah! ¡ah! ¡tenemos aún parte en ella!—dije.

Pero después, si la interrogo, me dirá muy de otro modo:

—Queréis saberlo todo como los grandes, y no tenéis tres camisas. Vengo de buscar *mi* vajilla, de casa de mi compadre, donde he cenado.

—¡He aquí un punto averiguado!—dije.

XIV

Desconfiad de una mujer que habla de su virtud.

XV

Dijeron á la duquesa de Chaulnes, cuyo estado inspiraba serias inquietudes:

—El señor duque de Chaulnes quisiera entrar á veros.

—¿Está ahí?

—Sí.

—Que se espere... entrará con los sacramentos.

Esta anécdota minotáurica ha sido recopilada por Chamfort, pero debía hallarse aquí como tipo.

XVI

* Hay mujeres que procuran persuadir á sus maridos de que tienen deberes que cumplir respecto á ciertas personas.

—Os aseguro que debéis hacer una visita á don Fulano...—No podemos dispensarnos de invitar á comer á don Fulano.

XVII

¡Vamos, hijo mío, tente derecho; procura tener buenos modales! ¡En fin, mira á don Fulano!... ¿ves cómo anda?... ¡examina cómo se viste!

XVIII

Cuando una mujer no pronuncia más que dos veces al día el nombre de un hombre, tal vez hay incertidumbre sobre la naturaleza del sentimiento que él la inspira; pero ¿tres...? ¡Oh! ¡oh!

XIX

Cuando una mujer acompaña á un hombre que no es ni abogado, ni ministro, hasta la puerta de su casa, es muy imprudente.

XX

Es un terrible día aquel en que el marido no puede explicarse el motivo de una acción de su mujer.

XXI

* La mujer que se deja sorprender merece su suerte.

¿Cuál debe ser la conducta de un marido al reparar en un último síntoma que no le deja duda alguna sobre la infidelidad de su mujer? Esta pregunta es fácil de contestar. No existen más que dos partidos que tomar: el de la resignación ó el de la venganza; pero no hay ningún término entre estos dos extremos. Si se opta por la venganza, ésta debe ser completa. El esposo que no se separa para siempre de su mujer, es un verdadero necio. Si el marido y la mujer se juzgan dignos de estar aún ligados como amigos, hay algo de odioso en hacer sentir á la mujer la superioridad que se puede tener sobre ella.

He aquí algunas anécdotas de las cuales muchas son inéditas, y que señalan bastante bien, á mi juicio, las diferentes reglas de conducta que debe seguir un marido en semejante caso.

El señor de Roquemont dormía una vez al mes en la habitación de su esposa, y salía de ella diciéndose:

—Ya estoy listo y venga lo que viniere.

Hay en esto, á un tiempo, depravación y no sé qué pensamiento bastante alto de política conyugal.

Un diplomático, cuando veía llegar al amante de su mujer, salía de su gabinete, entraba en la habitación de su esposa, y le decía:

—¡Al menos, no riñáis!

En esto hay bondad natural.

Se preguntaba al señor de Boufflers lo que haría si, después de una larga ausencia, encontrase á su mujer encinta.

—Haría llevar mi bata y mis chinelas á su alcoba.

En esto hay grandeza de alma.

—Señora, que ese hombre os maltrate cuando estáis sola, es culpa vuestra; pero no sufriré que se conduzca mal con vos en mi presencia, pues me falta.

En esto hay nobleza.

Lo sublime del caso es el birrete puesto al pie del lecho del magistrado, durante el sueño de los dos culpables.

Hay algunas venganzas muy bellas. Mirabeau pintó admirablemente, en una de sus obras que compuso para ganarse la vida, la sombría resignación de aquella italiana sentenciada por su marido á perecer con él en Marennnes.

ÚLTIMOS AXIOMAS

XCIII

No es vengarse sorprender á la mujer con su amante y matarlos abrazados; pues ese es el mayor servicio que se les puede hacer.

XCIV

Nunca el marido será mejor vengado que por el amante de su mujer.

MEDITACIÓN XXVIII

DE LAS COMPENSACIONES

La catástrofe conyugal, que un cierto número de maridos no sabrían evitar, trae casi siempre una peripecia. Entonces, todo se calma en torno vuestro. Vuestra resignación,

caso de que os resignéis, tiene el poder de despertar remordimientos en el alma de vuestra mujer y de su amante; pues su dicha misma les instruye de toda la extensión del daño que os causan. Sois el tercero, sin sospecharlo, en todos sus placeres. El principio de beneficencia y de bondad que yace en el fondo del corazón humano, no es ahogado tan fácilmente como se cree; así las dos almas que os atormentan, son precisamente las que más bien os desean.

En estas suaves y familiares conversaciones que sirven de lazo á los placeres y que son, en cierto modo, las caricias de nuestros pensamientos, vuestra mujer dice frecuentemente á vuestro sustituto:

—¡Pues bien, te aseguro, Augusto, que quisiera mucho ver á mi marido feliz; pues, en el fondo, es bueno: ¡si no fuese un marido, y no más que un hermano, haría muchas cosas para agradecerle! me ama, y su amistad me incomoda.

—¡Sí, es un hombre de bien!

Entonces os hacéis objeto del respeto de este soltero, que quisiera daros todas las indemnizaciones posibles por el daño que os causa; pero está detenido por aquella altanería desdeñosa cuya expresión se mezcla en todas vuestras palabras, y que se imprime en todos vuestros gestos.

En efecto, en los primeros momentos en que el Minotauro llega, un hombre se parece al actor embarazado en un teatro en donde no tiene la costumbre de mostrarse. Es muy difícil que sepa conllevar su tontería y su dignidad; pero, sin embargo, aun no son tan raros los caracteres generosos para que sea imposible hallar uno para marido modelo.

Entonces os halláis cautivados insensiblemente por la gracia de los miramientos con que vuestra mujer os abrume. La señora toma entonces un tono de amistad que no abandonará ya en adelante. La dulzura de vuestro hogar es una de las primeras compensaciones que hacen á un marido el Minotauro menos odioso. Pero como es natural al hombre acostumbrarse á las condiciones más duras, á pesar de este sentimiento de nobleza, que nada puede alterar, sois llevados por una fascinación cuyo poder os rodea sin cesar, á no desdeñar las dulzuras de vuestra situación.

Supongamos que la desgracia conyugal haya caído sobre un goloso. Pide naturalmente consuelos á su gusto. Refu-

giado su placer en otras sensibles cualidades de su persona, toma otros hábitos. Os acostumbráis á otras sensaciones. Viniendo un día del ministerio, después de haber permanecido largo tiempo delante de la rica y deliciosa biblioteca de Chevet, vacilando entre desembolsar cien francos y los goces prometidos del *foie gras* de Strasburgo, quedáis atónito al encontraros el pastel insolentemente instalado en el aparador de vuestro comedor. ¿Sucede esto en virtud de un espejismo gastronómico?... Entonces, y en esta incertidumbre, os vais hacia él (un pastel es una criatura animada) con paso firme, parece que rehusáis oliendo de lejos las trufas cuyo perfume atraviesa vuestras fosas nasales; os inclináis por dos veces; todas las fibras nerviosas de vuestro paladar se animan, saboreáis los placeres de una función verdadera; y en este éxtasis, perseguido por un remordimiento, llegáis al cuarto de vuestra mujer.

—En verdad, querida amiga mía, no tenemos fortuna que nos permita comprar pasteles...

—¡Pero si nada nos cuestan!

—¡Oh! ¡oh!

—Sí, es el hermano del señor Aquiles quien lo ha enviado...

Veis al señor Aquiles en un rincón. El célibe os saluda, parece dichoso al veros aceptar el pastel. Miráis á vuestra mujer, que se pone colorada; pasáis la mano por vuestros bigotes acariciando muchas veces vuestra barba; y como no dais las gracias, los dos amantes adivinan que aceptáis la compensación.

El ministerio ha cambiado de repente. El marido, consejero de estado, teme ser declarado cesante, cuando la víspera esperaba una dirección general. Todos los ministros son enemigos suyos, y se hace constitucional. Previendo su desgracia ha ido á Auteuil á consolarse con un amigo antiguo que le ha hablado de Horacio y de Tibulo. Al volver á casa ve la mesa puesta como para recibir á los hombres más influyentes de la situación.

—En verdad, señora condesa—dice él con mal humor y entrando en el cuarto donde ella está acabando su tocado,—hoy no reconozco vuestro acostumbrado tino... Buscáis mala ocasión para dar comidas... Veinte personas van á saber...

—¡Van á saber que eres director general!...—Exclama ella mostrándole un real despacho.

Se queda atónito. Coge la credencial, la vuelve, la devuelve, la abre, se sienta y vuelve á plegarla.

—Sabía muy bien—dice él—que bajo todos los ministerios posibles se haría justicia...

—Si, querido mío; pero el señor de Villeplaine ha salido fiador, respondiendo de tu persona á Su Eminencia el Cardenal de... de quién es...

—¿El señor de Villeplaine?...

Hay en esto una compensación tan opulenta, que el marido añade con una sonrisa de director general:

—Cáspita, querida mía; pero ¿es cosa tuya?

—¡Ah! ¡no me lo agradezcas!... ¡Adolfo lo ha hecho por instinto y por til!...

Cierta noche, un pobre marido, detenido en casa por una continuada lluvia ó cansado tal vez de ir á pasar sus veladas en el juego, en el café ó en las reuniones, hastiado y aburrido de todo, se ve obligado, después de la cena, á seguir á su mujer al cuarto conyugal. Se sepulta en un canapé y espera sultanescamente su café. Parece decirse: ¡Después de todo, es mi mujer!...

La sirena dispone por sí misma la bebida predilecta, pone un cuidado particular en destilarla, le echa azúcar, la prueba; se la presenta; y, sonriéndose, arriesga, odalisca sumisa, una chanza, para desarrugar la frente de su amo y señor.

Hasta entonces él había creído que su mujer era tonta; pero al oír una agudeza, finamente dicha, levanta la cabeza de aquel modo peculiar á los perros que rastrean una liebre.

—¿En dónde diablos ha aprendido esto?... ¡Será una casualidad!—se dice para sí.

Y, replica con una observación picante. La señora responde á ella, la conversación se hace tan viva como interesante, y este marido, hombre bastante superior, está completamente admirado al hallar el espíritu de su mujer adornado con los más variados conocimientos. Las palabras propias se le ocurren con una facilidad maravillosa, su tino y su delicadeza producen especies de una graciosa novedad. No es ya la misma mujer. Repara ella el efecto que produce en su marido; y tanto para vengarse de sus desdenes, como para hacerle admirar al amante á quien debe, por decirlo así, los tesoros de su espíritu, se anima y deslum-

bra. El marido, más capaz que otro alguno de apreciar una compensación que no debe tener ninguna influencia en su porvenir, piensa que las pasiones de las mujeres son tal vez una especie de cultura necesaria.

Pero ¿cómo revelar la compensación que más lisonjea al marido?

Entre el momento en que aparecen los últimos síntomas, y la época de la paz conyugal, de que no tardaremos en ocuparnos, pasan, poco más ó menos, unos diez años. Así, durante este espacio de tiempo y antes de que los dos esposos firmen el tratado que, por una reconciliación sincera entre el pueblo femenino y su dueño legítimo, consagra una pequeña restauración matrimonial; antes, en fin, de cerrar, según la expresión de Luis XVIII, el abismo de las revoluciones, es raro que una mujer decente no haya tenido más que un amante. La anarquía tiene fases inevitables. La dominación fogosa de los tribunos es reemplazada por la del sable ó de la pluma, pues no se encuentran muchos amantes cuya constancia sea decenal. Luego, probando nuestros cálculos que una mujer decente no ha pagado, sino muy estrictamente, sus contribuciones fisiológicas ó diabólicas, no haciendo más que tres dichosos, está en el orden de las probabilidades que habrá puesto el pie en más de una región amorosa. Algunas veces, durante un interregno demasiado largo del amor, puede acontecer que, sea por capricho, sea por tentación, sea por el atractivo de la novedad, una mujer se proponga seducir á un marido.

Figuraos á la hechicera señora de T..., la heroína de nuestra Meditación sobre la *estratégica*, principiando por decir con un aire astuto:

—¡Nunca te he visto tan amable!...

De lisonja en lisonja, tiente, pica la curiosidad, se chancea, fecundiza en vos el deseo más ligero, se apodera de él, y os hace enorgulleceros de vos mismo.

Llega en tal caso para el marido el día de las indemnizaciones. La mujer confunde entonces la imaginación de su marido. Semejante á los viajeros cosmopolitas, refiere las maravillas de los países que ha recorrido. Interpola sus discursos con palabras pertenecientes á varios lenguajes. Las imágenes apasionadas del Oriente, el original movimiento de las frases españolas, todo choca, todo se confunde. Desarrolla todos los tesoros de su librito de memorias con

todos los misterios de la coquetería; es hechicera: ¡nunca la habíais conocido!

Con aquel arte particular que tienen las mujeres de apropiarse todo lo que se les enseña, ha sabido armonizar los matices, para crearse unas maneras que sólo á ella pertenecen. No habíais recibido más que una mujer lerda é ingenua de manos de Himeneo, y el celibato generoso os restituye una docena de ellas. Entonces el marido, alegre y enajenado, ve su cama invadida por la tropa juguetona de aquellas cortesanas provocativas de que hemos hablado en la Meditación *sobre los primeros síntomas*. Estas diosas vienen á agruparse, á reir y á jugar bajo las elegantes muselinas del lecho nupcial. La Fenicia os arroja coronas y se mece blandamente, la Calcidisosa os sorprende con los prestigios de sus blancos y delicados pies, la Inelmana llega y os descubre, hablando el dialecto de la bella Ionie, tesoros de felicidad desconocidos en el estudio profundo que os obliga á hacer de una sola sensación.

Desconsolado de haber desdeñado tantos hechizos, y fatigado muchas veces de haber encontrado tanta perfidia entre las sacerdotisas de Venus como entre las mujeres decentes, el marido aviva algunas veces, por galantería, el momento de la reconciliación, hacia la cual tienden siempre las personas decentes; y esa segunda cosecha de felicidad es cogida con más placer, tal vez, que la primera mies. El Minotauro os había robado oro, y os restituye diamantes. En efecto, este es tal vez el momento de decir una cosa de la más alta importancia: puede uno tener mujer y no poseerla.

Así también, como la mayor parte de los maridos, no habéis recibido quizá aun nada de la vuestra, y para hacer vuestra unión perfecta ha sido necesaria tal vez la poderosa intervención del celibato. ¿Cómo denominar á este milagro, el único que se obra sobre un paciente en su ausencia?... ¡Ay, hermanos míos, no hemos hecho nosotros la naturaleza!...

¡Pero por cuántas otras compensaciones no menos ricas sabe el alma noble y generosa de un joven soltero merecer su perdón! Me acuerdo de haber sido testigo de una de las reparaciones más magníficas que un amante puede ofrecer al marido que minotauriza.

En una cálida noche del verano de 1817, vi llegar, á uno de los salones de Tortoni, á uno de aquellos muchos

jóvenes que con tanta confianza llamamos amigos nuestros. Estaba en todo el esplendor de su modestia. Una mujer adorable, vestida con perfecto gusto y que acababa de entrar en uno de aquellos frescos gabinetes consagrados por la moda, había bajado de una elegante berlina que se paró en el boulevard, ocupando aristóricamente el terreno de los paseantes. Mi joven soltero apareció dando el brazo á su soberana, mientras que el marido les seguía cogiendo de la mano á dos niños bonitos como unos amores. Los dos amantes, más ligeros que el padre de familia, habían llegado antes que éste al gabinete indicado por un criado. Al atravesar la sala de entrada, el marido tropezó con no sé qué dandy, que tomó á pecho el que le hubiesen empujado, y de allí surgió una riña, que vino á hacerse seria en el instante, por la acritud de las respectivas réplicas.

En el momento en que el dandy iba á permitirse un acto indigno de todo hombre que se tiene en algo, el soltero había intervenido y detenido el brazo del dandy; y le había sorprendido, confundido, aterrado, estaba soberbio. Cumplió el acto que meditaba el agresor, diciéndole:

—¿Caballero?...

Este: ¡Caballero!... es uno de los discursos más bellos que jamás he oído. Parecía que el joven soltero se expresaba de este modo:

—Este padre de familia me pertenece. Puesto que me he apoderado de su honor, á mí me toca defenderle. Conozco mi deber, soy un sustituto, y me batiré por él.

¡La mujer estaba sublime! Pálida, aturdida, había cogido el brazo de su marido que hablaba sin cesar, y sin decir una palabra, le arrastró al coche con sus hijos. Era esta una de aquellas mujeres del gran mundo que saben conciliar la violencia de sus sentimientos con el buen tono.

—¡Oh! ¡don Adolfo!—exclamó la joven al ver á su amigo volver con aire alegre á la berlina.

—Esto no es nada, señora; es un amigo mío, y nos hemos abrazado...

No obstante, al día siguiente por la mañana, el animoso soltero recibió una estocada que puso su vida en peligro y le retuvo seis meses en cama. Fué objeto de los cuidados más afectuosos por parte de los dos esposos. ¡Cuántas compensaciones!... Algunos años después de este acontecimiento, un anciano, tío del marido, cuyas opiniones no concor-

daban con las del joven amigo de la familia y que conservaba un pequeño resto de rencor contra él, con motivo de una discusión política, se propuso echarle de la casa. Llegó el anciano hasta á decir á su sobrino que era necesario elegir entre su herencia y la expulsión de aquel impertinente soltero. Entonces el respetable comerciante, pues era un corredor de cambios, dijo á su tío:

—¡Ah! ¡No es usted, tío mío, quien me obligará á ser desagradecido! ¡Si yo se lo dijese, este joven se dejaría matar por usted!... él ha salvado mi crédito, él atravesaría el fuego por mí, me deshace de mi mujer, me atrae clientes, me ha procurado casi todas las negociaciones del empréstito Villele... le debo la vida, es el padre de mis hijos... ¡esto no se olvida!...

Todas estas compensaciones pueden pasar por completas; pero por desgracia hay compensaciones de todas clases. Las hay negativas, engañosas, y en fin, las hay falaces y negativas á un tiempo.

Conozco un anciano marido dominado por el juego. Casi todas las noches viene el amante de su mujer. ¡El soltero le dispensa con liberalidad los goces que dan las alternativas y el azar del juego! Y sabe perder regularmente un centenar de francos al mes; pero la señora se los da... La compensación es engañosa.

Sois par de Francia, y nunca habéis tenido más que hijas; ¡pare vuestra mujer un muchacho! La compensación es negativa.

El hijo que salva vuestro nombre del olvido se parece á su madre... La señora duquesa os persuade de que el niño es vuestro. La compensación negativa se hace falaz.

Si llegan tantos maridos muy suavemente á la paz conyugal y llevan con tanta gracia las insignias imaginarias del poder patrimonial, su filosofía es sin duda sostenida por el *confortabilismo* de ciertas compensaciones que los ociosos no saben adivinar. Pasan algunos años, y los dos esposos llegan á la última situación de la existencia artificial á que se han condenado al casarse.